

María Teresa Hinojosa

Memorias guajiras

EDITORIAL
uninorte





María Teresa Hinojosa (1942-2009)

Nació el 16 de mayo en San Juan del Cesar, La Guajira. Fue bachiller del Colegio Nuestra Señora del Rosario en Bogotá. Auténtica y espontánea, se dedicó a ser maestra de primaria y bachillerato mientras en el hogar construido con Jaime Egurrola Mattos, con quien se casó en 1963, crecían sus 7 hijos. Fue concejala del municipio en dos periodos consecutivos, diputada por el departamento y la primera mujer presidenta de la asamblea de La Guajira. Su sensibilidad social y el reconocimiento de su pueblo la llevaron a ser alcaldesa en 1982. Transformó la riqueza afectiva que la caracterizaba en poesía y canciones, y en este libro que hace inolvidables sus sentimientos de hija amorosa y controvertida, de ciudadana proactiva, de madre satisfecha y educadora con el ejemplo y la palabra; de esposa enamorada o dolida, y de mujer valiente que fue capaz, incluso, de entregarse en canje para librar a su esposo del secuestro. Murió el 25 de junio de 2009 en Valledupar, Cesar, después de afrontar una larga enfermedad que la motivó a escribir estas memorias.

Memorias guajiras

MARÍA TERESA HINOJOSA

Memorias guajiras

EDITORIAL

uninorte

Hinojosa, María Teresa.

Memorias guajiras / María Teresa Hinojosa. – Barranquilla, Colombia :
Editorial Universidad del Norte, 2024.

154 páginas : ilustraciones ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-789-547-6 (impreso)

ISBN 978-958-789-548-3 (PDF)

1. Literatura colombiana – Siglo XX. 2. Novela colombiana – Siglo XX. 3. Caribe
(Región Colombia). I. Tit.

(Co863.44 H663) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2024

María Teresa Hinojosa

Coordinación editorial

María Margarita Mendoza

Asistencia editorial

Fabián Buelvas

Carlos Arias

Corrección de estilo

Alexandra Ávila

Diagramación

Luz Miriam Giraldo Mejía

Diseño de portada

Jennifer Ebratt

Revisión y arte final

Munir Kharfan de los Reyes

Impreso y hecho en Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. | Bogotá

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros, sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Agradezco a Dios, a mi patria,
al amor mismo y a mi familia,
la oportunidad de haber
experimentado profundamente
el sentimiento del amor.

PRÓLOGO

LA MIRADA FEMENINA

Cuatro años a bordo de mí mismo es, a mi juicio, una de las novelas más bellas publicadas en Colombia el siglo pasado. La escribió el bogotano Eduardo Zalamea Borda a sus veintitrés años y la publicó en 1934. En ella narra la travesía real que inició en Barranquilla, siguió por Cartagena de Indias y se remontó por el mar Caribe hasta llegar a su destino final, Manaure, en la Alta Guajira, en donde durante cuatro años ocupó un cargo administrativo.

Zalamea había llegado allí once años atrás, en 1923. A pesar de que el gobierno de Pedro Nel Ospina había pretendido usar el dinero que recibió por Panamá integrando al país con telégrafos y trenes, la única forma de arribar entonces a esta remota zona del país era a través del mar. Zalamea encontró una región exótica, completamente diferente a la urbe bogotana en la que había crecido.

La descripción de ese, para él, “nuevo mundo” recorren las páginas de ese texto que habla de mujeres de tez pintada (bien sea contra el sol, bien sea contra los *wanurú*), indígenas salvajes y hombres silenciosos de mirada hosca, así como del pensar de esta gente, de su baile y de su canto. Se trata de una novela de personaje, es decir, un relato en el que el *yo* cobra una mayor relevancia en su elaboración, creando un nuevo género literario, un híbrido de otros géneros, donde caben las memorias, la ficción, la crónica, la reportería, el perfil y la historia.

Junto a *De sobremesa* y a *La Vorágine*, *Cuatro años a bordo de mí mismo* es la novela colombiana más moderna y sólida hasta los años

treinta. Zalamea se apalanca en figuras literarias como la voz interior, la crónica de viaje y la autobiografía, y la narra a partir de sensaciones. De ahí el subtítulo: “Diario de los cinco sentidos”. Es un diario y, como tal, cuenta lo que acontece en su mente, pero también describe lo que sucede a su alrededor, ese paisaje feroz, brutal, en el que nunca antes se había detenido la literatura. “La Guajira —escribió— es una tierra de sol, de sal, de muerte y de misterio”.

El paisaje guajiro vuelve a aparecer en la ficción literaria nacional en el conjunto de la obra de Gabriel García Márquez, quien casualmente fue publicado por primera vez por Eduardo Zalamea Borda cuando era editor del diario *El Espectador*. La madre del escritor cataqueño nació en Barrancas, un pueblo al centro de La Guajira, y allí mismo fue engendrado veinte años después el autor de *Cien años de Soledad*, la novela emblemática que demarca la geografía de Macondo y que inicia en Riohacha, de donde surge la saga de los Buendía.

Contando unas pocas novelas costumbristas escritas con posterioridad a las de Zalamea y García Márquez, la historia reciente de La Guajira colombiana, esto es, el cruce de lo rural a lo urbano, no pareciera volver a aparecer en la literatura nacional. Fue éste uno de los aspectos que más llamó mi atención la primera vez que leí este texto de María Teresa Hinojosa de Egurrola, escrito con la misma honestidad con la que escribió Zalamea *Cuatro años a bordo de mi mismo*. Esta honestidad, justamente, es lo que lo convierte en un relato convincente.

María Teresa Hinojosa nació el 16 de mayo de 1942 en San Juan del Cesar, un pueblo ubicado al centro del hoy departamento de La Guajira, y murió en Valledupar el 25 de junio de 2009. Los últimos días de su vida los dedicó a revisar y editar una serie de cuadernos, de los cuales apenas una parte conforman esta autobiografía. Como una manera de conmemorar los quince años de su muerte, su esposo y sus hijos consideraron valiosa esta publicación.

Siendo la hija mayor de Aniceto Santiago Hinojosa e Isabel María Celedón, desde los primeros años de vida María Teresa dio muestras de un fuerte carácter y de una gran capacidad de liderazgo que le permitió inventar de sí misma un personaje recio, riguroso

y dominante, pero al tiempo generoso y pendiente siempre de los suyos. Era severa consigo misma, al punto de que solía enfrentar con pragmatismo las duras pruebas a las que con frecuencia nos enfrenta la vida, cuando entonces se exigía “ponerse la máscara de la felicidad” o se repetía en silencio, como un mantra: “Hay que tragar amargo y escupir dulce”.

En esta necesidad de mostrarse siempre como una persona positiva y dominante, maquilla sus propias limitaciones. Esto se recalca en la cantidad de veces que repite en el texto inicial ciertos adjetivos, como bueno o maravilloso, para describirse a sí misma o a su entorno familiar. Su relación con Dios es particularmente interesante, pues con frecuencia confunde el amor por un hombre con el amor por Él.

Ante esto, es curiosa la relación que estableció con su padre, mucho más cercana que con su madre. Esta es una región que no sólo demarca muy claramente los roles de género, sino también los espacios en los que se desarrollan unas y otros. Por alguna razón, que no explica, desde muy joven se le permitió hacer parte de los segundos, tal cual lo cuenta cuando uno de sus tíos es asesinado:

Los hijos estaban todos reunidos. La tristeza cubría sus rostros, pero el amor los unía. Las mujeres lloraban a grito tendido y le rogaban a mi papá que no las abandonara en la tarea de investigar el nombre de los asesinos y entender por qué lo habían hecho. Ellas creían que al llegar papá se haría justicia. Mi papá y yo nos reunimos a solas con los hombres de la casa, es decir, mis otros tíos y los primos, luego de destapar el cajón para confirmar el cadáver. Yo lo vi y me pareció que dormía. Hubo un largo silencio y la confusión inicial poco a poco fue desapareciendo.

Aunque sólo estudia un semestre de bacteriología en la Pontificia Universidad Javeriana, resulta curioso el hecho de que su padre le permita asistir a la universidad. Y lo es, primero, porque estamos en una época (1963) en la que pocos hombres de la región tuvieron acceso a estudios profesionales. Más aún, en una universidad en Bogotá. Segundo, y más importante, porque para entonces (y a pesar

de que ella hacía parte de la primera generación de mujeres que, de una u otra forma, estaban transformando su manera de ejercer un lugar en el mundo, como el ejercicio del derecho al voto), la mujer en esa región era considerada casi como una propiedad del hombre, del padre al inicio y después de su esposo. “Teníamos afán de buscar pareja, nos casamos para emanciparnos”, nos dice en este relato.

Mientras cuenta su vida, Hinojosa cuenta también su región. Al inicio del relato, San Juan del Cesar (y este Cesar corresponde no al departamento homónimo sino a las aguas del río que lo atraviesa) era un pueblo pequeño y aislado en el que todos sus habitantes se conocían. El pueblo carecía de una carretera principal que lo comunicara con el resto del país, igual al que había encontrado Zalamea Borda quince años atrás, lo que de alguna manera evoca aquella descripción con que inicia la obra maestra garciamarquiana: “Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”.

Desde la época de la Colonia existió un camino angosto y polvoriento que cruzaba por todos estos pueblos que se suceden entre la Alta Guajira, más concretamente en los puertos de La Cruz, Tucacas y Bahía Honda, pasan por Riohacha y siguen por las riberas de los ríos Ranchería y Cesar hasta llegar a Mompox. Conocida desde entonces como “La vía de Jerusalén” era, a la sazón, la ruta del contrabando que se traía al país particularmente desde Curazao, y paso obligado para el comercio de ganado y palo Brasil.

En las primeras páginas se mencionan pueblos cercanos a San Juan del Cesar, ubicados de entre trece y treinta kilómetros de distancia, como El Molino, Villanueva y Urumita. Valledupar, a cincuenta y cinco kilómetros al sur, es mencionado como un lugar distante (“Creo que [el bus] incluso llegaba hasta Valledupar” dice la autora), lo mismo que Maicao, ciento veinticuatro kilómetros al norte. El párrafo que a continuación transcribo da cuenta del aislamiento comercial que se vivía en San Juan del Cesar al decir ella que, en un viaje que realizó cuando tenía quince años, compró sus primeros cosméticos, lo que lleva a la idea de que a esa edad se maquilla por primera vez.

Maicao en 1957 estaba en su esplendor comercial. Saúl Hinojosa era un joven y apuesto primo hermano mío que acostumbraba pasar sus vacaciones en la casa de mi papá mientras mostraba su amor a Josefina, su viuda actual. Con él viajé a comprar maleta y neceser, mis primeros cosméticos, ropa para el día y la noche, y todo lo que necesitaría.

Además de este libro, María Teresa escribía poesía y componía canciones, algunos de los cuales se incluyen aquí básicamente como una manera de mostrar su interés por la escritura y la música, pero también para informar de la gran cantidad de poemas y canciones que escribe y compone la gente en esta región. En general, la gente escribe muchísimo. Sin embargo, a muchos les faltan el rigor y la disciplina para hacerlo mejor.

A través de estas memorias Hinojosa da cuenta no sólo de lo que pensaba y hacía, lo cual abordaré más adelante. También describe los hechos más trascendentales de la región: la llegada al pueblo de las monjas y del colegio La Sagrada Familia, quienes evangelizan en la fe católica, pero también imponen los límites de la tradición y la sociedad, y hasta regulan lo que la mujer debe ser. Las monjas son también unas censoras del cuerpo, como cuando le prohíben que baile:

Tenía dificultad para relacionarme con un par de monjas que decían que yo era una irrespetuosa porque una vez asistí a ver un baile de carnaval. Una de ellas me dijo que mi pupitre, manchado de tinta negra, debía ser igual a mi alma y a mí se me dificultó aceptar que una persona mayor, y religiosa, me juzgara de esa manera tan torpe.

Otros hechos más trascendentales de la región que trae este relato a colación son la bonanza del algodón y lo que significó la violencia del tráfico de marihuana, conocida como “la bonanza marimbera”; y luego con la presencia de una disidencia del grupo guerrillero EPL. Sobre lo primero, resulta muy interesante la descripción que hace sobre la manera como el dinero permeó la sociedad y cambió sus valores ancestrales:

También se veían pasar las camas y los colchones reemplazando a las hamacas; se veían pasar las neveras, así fuera sólo para hacer hielo; se veían pasar los muebles para ocupar los espacios vacíos de las casas en el pueblo y los corregimientos. Y en la capital, en Riohacha, se veían construcciones de estilo europeo con sus fachadas enchapadas en mármol. La catedral fue terminada con el estilo correspondiente: mármol, lámparas Baccarat, altares e imágenes españolas. Había barcos, edificios, mansiones, *wranglers*, armas y balas por doquier, grupos terroristas que hacían lo mismo que hacían la guerrilla y los paramilitares. Derribaban muros para ocupar un mayor espacio a la hora de la parranda, humillaban y maltrataban, pagando hasta con su vida. Para salvar el pellejo, yo guardaba prudencia y les entregaba lo que pedían. Se endiosó el dinero. Fue y sigue siendo el ídolo.

En cuanto a lo segundo, hay que resaltar que, primero su marido y luego ella misma, fueron víctimas de una disidencia del EPL al ser secuestrados durante varias semanas. Por último, también hace espacio para relatar el paso de ella y de su familia por el que se tenía como el evento cultural más importante y mediático del país en ese momento: el Reinado Nacional de la Belleza en Cartagena, en el que su hija María Teresa Egurrola resultó elegida la mujer más bella de Colombia en 1988.

De alguna manera, Hinojosa se convierte en este relato autobiográfico en un personaje real, un personaje de carne y hueso con la misma fuerza y carácter, y con historias similares a la de algunos de los personajes femeninos de las ficciones de Gabriel García Márquez, como es el caso de una Ursula Iguarán que incluso acoge en su propio hogar a los hijos que su marido ha engendrado en sus amantes, o como una Mamá Grande a cuya casa acude todo el pueblo.

Lo interesante en este caso es que no se trata ya de la mirada masculina de nuestro nobel de literatura o de otros que han contado la región, sino la de una mujer. Una mujer, por demás, que poco a poco fue ganando en amor propio, retándose cada vez más a sí misma, bien fuera con el manejo de la casa y los temas domésticos, con el trabajo en la finca o con la exitosa experiencia en la política.

Quizá por eso el libro está escrito en un tono raramente optimista, positivo, en parte ingenuo. Raro, digo, en cuanto quien lo escribe es una mujer y una madre que ha sufrido mucho, no obstante está convencida de que algo bueno va a pasar. Así las cosas, es de resaltar que es esta la manera como las mujeres cuentan las historias en nuestra costa Caribe: ante los demás sólo muestran la cara alegre. En este sentido, y en relación con su marido, Jaime Egurrola Mattos, todavía no termino de dilucidar si el libro es una extensa carta de amor o de venganza. Más adelante volveré sobre este asunto, central al propósito del libro.

Es de resaltar que hay partes del libro que sólo suelen ser escritos por una mujer, pues son ellas quienes ancestralmente tienen y guardan ciertos conocimientos. Así sucede en temas como la medicina de plantas, una practica propia de la mujer tal cual lo recuerda Silvia Federici en su célebre ensayo *Calibán y la bruja, mujeres, cuerpo y acumulación* al decir que “En la Edad Media las mujeres cultivaban a menudo huertas donde plantaban hierbas medicinales. Su conocimiento de las propiedades de las hierbas es uno de los secretos que han sido transmitidos de generación en generación”. Así, en varios apartes de sus memorias María Teresa cuenta cosas como:

En 1954 me enfermé de erisipela y recibí un tratamiento casero con agua hervida de hojas de achiote que disponían amarradas con un trapo sobre la pierna afectada cuando ya estaban blandas. Mamá me curaba, Jaime sostenía la vasija y yo permanecía acostada en la cama con los ojos cerrados por el dolor, pero también por algo de vergüenza.

En *Siempre han hablado por nosotras*, la escritora marroquí Najat El Hachmi afirma que “la represión ha sido tan tremenda que incluso ha borrado esa memoria” (la de la lucha de las mujeres por los derechos fundamentales). Por eso es tan meritorio el hecho de que es una de ellas la que cuenta esta historia.

Otro de los temas que llama la atención del libro es la relación de María Teresa con Dios. Al principio hay pura devoción, pero luego ella comienza a recibir favores, o al menos eso afirma, como cuando atestigua que Dios la protege permanentemente y evita que sus

enemigos le pasen algún tipo de factura. En este tránsito de la mujer a la religiosidad, ella pasa de mártir a ministra o profeta.

De tanto frotarme apareció una herida que se fue agrandando. Consulté al psiquiatra, porque era posible que fuera un estigma localizado en la entrada de la lanza, precisamente en la sexta costilla, de derecha a izquierda. No llegamos a ninguna conclusión: era demasiada mi pretensión de parecerme a Cristo.

A lo largo de esta muy honesta narración, María Teresa nos muestra a su marido, Jaime Egurrola, como un personaje que en ocasiones se deslinda del estereotipo machista de la región en esa época, particularmente en lo que atañe a la crianza de los hijos. Las referencias al respecto abundan en el libro. Por ejemplo cuando dice: “Mis hijos siempre con su papá y su mamá, con un papá que ayudaba a bañarlos, a cambiarles el pañal, a darles el tetero, a cargarlos debajo del brazo”.

Por lo demás, en la descripción que hace de su sociedad y de su tiempo, María Teresa naturaliza el machismo (“Todo me parece que sucede porque Dios así lo permite”, afirma), aunque desconocemos si lo hizo o no a propósito. Y al hacerlo, forja algo valioso: evidencia sus orígenes y la manera como estos se aceptan y entrecruzan. Desde que nace, hay una serie de poderes que la determinan.

El relato es importante porque, mientras deconstruye las máscaras de la masculinidad, da cuenta de cómo se llega a ese machismo instaurado en la región. Así como nos presenta un cuadro de costumbres, el libro nos muestra el paisaje, alimenta la historia de un territorio y se sumerge en sus profundidades antropológicas.

Sucede, por ejemplo, cuando la autora da cuenta de los momentos en que la mitología pasa a ser una constante que ella cuestiona para sí misma y aparentemente acepta ante los demás. Como cuando comienza a tener dominio de su cuerpo como mujer y de los cambios que asustan y hasta escandalizan a los demás.

En esos días fue también mi primera cita odontológica. Me extrajeron dos muelas. Parecía grave por el exceso de sangre perdida. Me fui a bañar al río y fue otro escándalo, pues eso